

## **Javier Velaza**

Copyright©2018 Javier Velaza. This text may be archived and redistributed both in electronic form and in hard copy, provided that the author and journal are properly cited and no fee is charged.

### **Espejismo**

Construye cada día su propio espejismo.  
En su perfil difuso distingues la silueta  
de tu ciudad, tu casa, los contornos de gentes  
familiares.

Y entras.

Allí dentro te tratan  
como a uno de los suyos, respiras de su atmósfera,  
trajinas en su escena falaz de trampantojos,  
trabajas, tienes hijos con ellos, envejeces,  
entierras a los tuyos, eres feliz acaso.  
Todo es tan verosímil, que casi se te olvida  
que tú no eres como ellos, que tú vienes de fuera,  
del desierto real que crea el espejismo.  
Que solo vas allí porque en tu mundo  
hace mucho calor y tienes sed.

De *Enveses*, Hiperión 2018

## Cumbre

La cumbre nos señala y nos elige.

Desde el atril del cielo promulga su precepto  
desigual para todos:

    los barrancos  
y los desfiladeros se adornan de cordales,  
salpican miniaturas las venas de la falda.  
El sol de la ascensión es un pacto del aire  
con la pendiente.

    El hielo afila sus cristales  
contra esa luz, su derrotero escribe  
la lengua del glaciár perfil abajo.

Porque está ahí, se escala la montaña.

Pero hacer cima es solo una manera  
de subir:

    la más fácil,  
    tal vez la más estéril.

Quien descubrió la ruta y quien la sigue,  
quien abandona, quien desobedece,  
quien nutrió la avidez de los aludes,  
quien solamente avista la distancia,  
quien traicionó, quien llora, quien regresa,  
son todos la montaña, su adjetivo.

La cumbre es el destino al que ir y no llegar,  
también.

    Y no hay fracaso.

    Dignamente  
el crepúsculo acoge los arneses perdidos  
y en la roca clavados los anclajes aguardan  
el mosquetón del día que infalible vendrá.

De *Enveses*, Hiperión 2018

## La casa

*La casa es una idea en construcción*

Luis Izquierdo

Lo primero que puso de su casa fue el aire  
–¿qué si no, ni qué antes que un aire cristalino,  
en qué podría al fin consistir una casa  
más que en límpido oxígeno colmando los pulmones?–.  
El aire era la casa y su forma era aire.  
Habitarla era solo inspirar y, espirando,  
instaurar el espacio del aliento siguiente.  
Y así, por donde iba, era su domicilio.

Estás equivocado –vinieron a advertirle–,  
nadie puede vivir tanto tiempo al relente,  
conviene que la cubras. Y, sumisa alfarera,  
su mano fabricó al punto una techumbre  
y al cielo un cielo raso impuso que evitaba  
el calor y la lluvia –y la luz de la dicha–.  
Desde entonces la cúpula es suelo en que los dioses  
zapatean su danza de tiempo y extravío.

Luego, se volvió loco: deseó una ventana  
a que asomarse –dicen que toda perdición  
amanece a su noche con el sol de un deseo–.  
Una ventana sólo es la tregua de un muro.  
Enmarcó el horizonte con cemento y veló  
su fulgor con la falsa translucidez de un vidrio.  
Ver se hizo vislumbrar y mirar ser mirado  
tal vez, unos postigos sellaron su ceguera.

Los tabiques pidieron medianiles. Peldaños  
subieron persiguiéndose hasta hacerse escalera  
y, para que esta fuese, no concibió otra traza  
que dividir la casa en pisos: dependencias,  
cámaras, galerías surcadas de pasillos  
trazaron corredores abiertos a crujías,  
sótanos excavados cada vez más arriba,  
zahúrdas erigidas cada vez más abajo.

Puso después armarios donde guardar estantes repletos de cajones. Colgó de las paredes cuadros que representan el cielo que no puede ya ver por la ventana. Tuvo por fin el miedo del que tiene: cerrojos clausuraron las puertas, cerrojos los cerrojos, un foso impide el paso a la alambrada, cien cerberos dentellean impresencias. Ya nadie entra. Ya no sale nadie.

Ahora está dibujando los planos de la casa.

De *Enveses*, Hiperión 2018

### **Veintisiete mil**

¿Cómo un ciego podría saber que son rosados los dedos de la aurora, que Menelao es rubio que el mar de los troyanos tiene el color del vino?

¿De qué modo podría un anciano acopiar veintisiete mil versos en su memoria exhausta?

Homero no existió. Lo inventaste tú misma.

Lo hiciste ciego, anciano, para evitar los celos de aquellos pretendientes fieros que te acosaban. *Homero me ha contado...*, les contabas y ellos marchaban con sus zafias maneras y sus piojos. Y en la noche tejías, destejiendo, hexámetros primero de una guerra feroz y sanguinaria, de un retorno, después, azaroso e incierto.

Odiseo no existió. Lo creaste a tu gusto: hermoso, de recursos infinitos, prudente, del linaje de Zeus, inaccesible a circes, sirenas y calipsos, decidido a volver como fuese a tu cama. En resumen, tu héroe.

*Ya cegó, les decías, a Polifemo, ya  
ha descendido al Hades y ha salido de nuevo,  
ya volverá muy pronto, Homero me lo ha dicho...*  
Y aquellos chabacanos se iban un día más  
farfullando su ira.

Veintisiete mil versos  
pueden parecer muchos, pero no cuando indican  
el precio de ser libre.

De *Enveses*, Hiperión 2018

**Javier Velaza** (Castejón, Navarra, 1963) es catedrático de Filología Latina en la Universidad de Barcelona. Como poeta ha publicado *Mar de amores y latines* (Premio Ángel Urrutia, Medialuna Ediciones, Pamplona 1996), *De un dios bisoño* (Premio José Hierro, San Sebastián de los Reyes 1998), *Los arrancados* (Lumen, Barcelona 2002) y *Enveses* (Premio Valencia, Hiperión, Madrid 2018). Poemas suyos han sido incluidos en varias antologías. Colabora habitualmente como crítico literario y musical con diversos medios de comunicación.